

XXV Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B

Servidor de todos

Con esta expresión, "servidor de todos", única en el Nuevo Testamento (Mc 9,35), Jesús da la clave de la jerarquía de valores en el dinamismo del Reinado de Dios y el criterio del escalafón en la vida del discipulado y de la comunidad cristiana. Después del segundo anuncio de la Pasión en el evangelio de Marcos (Mc 9, 29-36) Jesús sigue instruyendo a los doce para que comprendan el sentido de su paradójica e incomprensible misión. Y su enseñanza sigue sorprendiéndonos también a nosotros, pues ¿qué lógica humana es capaz de asumir que "quien quiera ser el primero que sea el último de todos y el servidor de todos"?

Éste es el corazón del mensaje evangélico de este domingo, pues es la aportación específica de Marcos en esta escena de Jesús con sus discípulos. Frente a las aspiraciones de grandezas, manifestadas por los doce como expresión de los anhelos más profundos del ser humano, el mensaje de Jesús sigue provocando incomprensión y temor. Las dos partes de este evangelio van íntimamente unidas: en la primera aparece en forma de anuncio la proclamación esencial del mensaje cristiano, las palabras relativas a la entrega de Jesús, a su muerte y resurrección, en la segunda, la aplicación concreta de ese mismo misterio a la vida de los discípulos. La identidad y el destino del discípulo son idénticos a los de Jesús. El cambio de mentalidad que debe efectuarse en los discípulos debe nacer de la comprensión de la identidad y de la misión de Jesús, y para ello tienen que hacer un gran esfuerzo. Los seguidores de Jesús han de cambiar su mundo de valores por la propuesta de Jesús, que no es otra que la de poner en el centro de la vida a los últimos de la sociedad y, desde ahí, estar dispuesto a ser el último de todos desarrollando una vocación eminente de servicio fiel y desinteresado a los demás, sin excluir nunca a nadie. Ésta es la misión de todos los miembros de la Iglesia y particularmente de los discípulos y discípulas del seguimiento radical.

El mundo fraterno, propio del Reino de Dios, según la Buena Noticia de Jesús comienza a realizarse, sobre todo, desde abajo, desde el submundo de los últimos y excluidos, pero también desde todas aquellas personas que, por amor a los últimos y a favor de ellos, cada día concentran su atención y su vida en los pobres de la tierra hasta llegar a vivir y hacerse pobres como ellos, movidos por la solidaridad progresiva y liberadora que emana del encuentro con el Señor Jesús. Los discípulos más próximos a Jesús, con él y como él, están llamados a renunciar a la posesión de bienes y a las relaciones familiares más legítimas, la renuncia a padres, hermanos, mujer e hijos, por la causa del Reino y por el Evangelio. De este modo también ellos pasaban a ser los "últimos" de esta tierra. La llamada de Jesús es a vivir con toda

libertad una vida de servicio a los últimos, a los pobres y marginados del mundo. Así comenzaba una nueva fraternidad humana regulada por vínculos horizontales de igualdad y de amor frente a las relaciones verticales de dominación, ambición y de poder. La generación de este estilo de nuevas relaciones de fraternidad constituía una alternativa evidente al sistema de valores tradicionales de la vida social. Para ello Jesús hizo desde el primer momento una llamada apremiante a sus discípulos más próximos y les invitó a vivir una radicalidad profética como la suya, desde la automarginalidad social inherente a su actividad itinerante, el desprendimiento de los bienes, su mensaje profético y el celibato como forma de vida. A los pobres y a los discípulos, a los "últimos" del sistema de valores de este mundo, Jesús los hizo "primeros" en el origen de su nueva humanidad. Poner a los últimos de esta tierra en el primer plano de la atención es el comienzo de una nueva realidad para todos, pues cuando los últimos tengan reconocidos sus derechos y atendidas sus necesidades fundamentales, entonces los tendrán todos. Y ése es sin duda el principio de otro mundo posible.

Comprender este mensaje es entrar en la auténtica sabiduría y tener la capacidad para ser mensajeros en el mundo de los nuevos criterios del Evangelio. En la carta de Santiago (Sant 3,16-4,3) la fe, la religión y la sabiduría cristianas necesitan una verificación o una demostración en la vida concreta. La relación directa con las buenas obras es el baremo principal para la valoración de la vida y de la fe. De nuevo se desenmascara una realidad profunda. La presunción, la arrogancia y la falsedad (Sant 3, 14) pretenden ocultar a través de palabras aparentemente sabias, las envidias y ambiciones que anidan en el corazón y que sólo generan malas acciones. Cuando analizamos la actual crisis mundial hasta el fondo aparece la ambición y la codicia de unos pocos como factor determinante de la situación crítica de la inmensa mayoría.

El antagonismo entre la ambición y la humildad es otro aspecto del tema de la doble vida en la carta de Santiago. La constatación de luchas y conflictos en el interior de la comunidad cristiana hace preguntarse al autor cuál es su origen. Donde hay envidia y ambición hay turbulencia y toda clase de malas acciones (Sant 3,16) y en esto consiste la sabiduría de este mundo de abajo. El origen de los conflictos no hay que buscarlo en elementos extraños, sino en el interior de cada uno: son las pasiones (Sant 4, 1.4) las que verdaderamente dan la guerra y plantean los conflictos en la comunidad. La satisfacción de las pasiones como motivación última de la conducta es la que genera las tensiones sociales, las rivalidades, los enfrentamientos, las peleas y, en definitiva, la muerte. Santiago pone así el dedo en la llaga y da cuenta de una situación fatal. Para salir de esta situación conflictiva se podría recurrir a la oración, pero a veces hasta la súplica está afectada por intereses egoístas. Si al pedir a Dios su ayuda no se consigue nada es porque no se pide desde la fe, sino desde la ambigüedad del que duda, se rige por sus instintos y lleva una doble vida (Sant 1 6-

8), pero no se abre al Dios de la gracia, que ensalza a los humildes y se enfrenta a los arrogantes y satisfechos. La conclusión de Santiago es la incompatibilidad entre la amistad con el mundo y con Dios (Sant 4,4), equiparable al dicho evangélico sobre la imposibilidad de servir a dos amos (Mt 6,4).

Ser servidor de todos significa que los cristianos hemos de servir a todos sin excluir nunca a nadie, pero esto no se debe confundir con agradar siempre a todos, lo cual, además de ser imposible, no se corresponde con la llamada a la conversión, al cambio de vida y a las renunciaciones personales que lleva consigo el anuncio del Evangelio y de la sabiduría contenida en el mismo. Ser servidor de todos implica no excluir a nadie a la hora de anunciar el Evangelio para propiciar el encuentro con el Señor Jesús, pero al mismo tiempo, supone denunciar la búsqueda de la satisfacción de las pasiones que generan tensiones sociales, hostilidades, luchas, violencia, la eliminación del otro y hasta la misma muerte.

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura